

EDIFICAR EN EL AMOR
Homilía en el Te Deum Ecuménico

18 de septiembre de 1975

Edificar la patria...

Immensa tarea: edificar la patria. No sobre cimientos cualesquiera, sino sobre aquellos -perennes, inmovibles- de la imagen del hombre y de la sociedad que Dios reveló en Jesucristo. Cimientos que han de quedar eficazmente expresados y garantidos en un cuerpo orgánico de normatividad jurídica: en una nueva Constitución que ha de ser la tutora de los derechos y la propulsora de las energías de todos los habitantes de esta Tierra. De ella dependerá, en palabras del Papa Pío XII, “la vida o la muerte, el contento o la exacerbación, el progreso o la decadencia”; en definitiva, la paz y grandeza de nuestra nación. Noble, titánica y suprema responsabilidad. Sabemos que nuestros gobernantes la han asumido con plena conciencia. Sabemos, también, de su disposición a dar lo mejor de sí para coronar felizmente una empresa tan difícil como preñada de consecuencias. Una empresa -decía Su Santidad Pío XII, en una ocasión semejante- a la que deben cooperar todos los miembros de la sociedad: por una parte, los legisladores, sea el que sea el nombre con que se los designe, a quienes toca deliberar y deducir las conclusiones; y, por otra parte, el pueblo, que tiene derecho a hacer valer su voluntad manifestando su opinión. (cfr. Radiomensaje Navidad 1946, 3.)

¿Qué podrá aportar la Iglesia a Chile, en esta hora de decisiones y cambios tan trascendentales? Si cristianos que se han comprometido ante su conciencia y la Historia a infundir en las nuevas leyes y estructuras de su patria el alma de su fe, nos preguntan: ¿Cómo han de ser esas leyes y esas estructuras para poder llamarse verdaderamente cristianas? ¿Qué deberíamos nosotros responder?

Deberíamos, más bien, dejar hablar al Maestro. La Iglesia ha sido enviada por

Cristo hasta los confines del mundo para enseñar todo y sólo lo que El enseñó. Y hoy, aquí, en este confín de la Tierra; hoy, aquí en nuestro Chile, la Iglesia viene a ofrecerle a su pueblo la única Palabra que puede salvarlo. A recordarle el mandamiento que contiene todos los mandamientos, resume toda la Ley y distingue como auténtico al discípulo de Cristo: “¡Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y al prójimo como a ti mismo!”

En una ocasión tan solemne como ésta -pensará legítimamente alguno- ¿no podría la Iglesia extraer de su bagaje un pensamiento más original? “Ama a tu Dios; ama a tu prójimo”: ¿no es eso lo que viene repitiendo, monocordemente, desde hace veinte siglos?

Pero la misión de la Iglesia no consiste tanto en ser original, como en ser fiel. Su mejor elogio es el reproche de no enseñar ni vivir otra cosa que este imperioso mandato, esta emocionada súplica de Cristo: “Ámense, tal como yo los amé”.

En el amor

Es cierto, un reiterado abuso del lenguaje ha ido desvirtuando esta palabra hasta convertirla en algo que ya no es virtud. Amor, para muchos, es utopía, ingenuidad, inferioridad. El mundo -se dice- lo construyen los fuertes, los realistas; y el amor, porque idealiza, debilita. El amor -se concluye- puede ser cultivado por una elite religiosa y extramundana, pero el mundo y la historia real van por otros caminos, donde no sirve el amor, sino la fuerza.

¿Qué extraño sino pesa sobre nuestra raza humana como para que siga creyendo en la fecundidad de lo que por esencia es estéril? Todo, finalmente, se desploma y cae: reinos e imperios imponentes, consolidados sobre la fuerza y la riqueza; todo -dirá el Apóstol Pablo-, todo se acaba: las profecías, las lenguas, la ciencia. Sólo el amor no se acaba nunca. En definitiva, la Humanidad reserva su gratitud para aquellos que creyeron en el amor y tuvieron la lucidez y el coraje de construir sobre él.

¡Pero quiere decir, entonces, que el amor no es utopía! Nuestro Dios es un Dios verdadero; El no manda imposibles; El quiere que nos amemos así como El nos amó: ¡luego, debe ser posible!

¡Quiere decir, entonces, que el amor no es un sentimiento inofensivo, un verbalismo ineficaz! No se puede amar sin transformar el mundo. Las solas palabras desacreditan el amor; el amor -como el árbol-se conoce por sus frutos, ¡y sus primeros frutos son justicia y misericordia vividas!

“Ama a tu prójimo como a ti mismo. ¡Ámense como Yo los amé!” ¿Cómo es el amor que nos debemos, en Cristo, unos a otros?

El amor es respetuoso

Una primera respuesta, extraída del pensamiento y la vida del Maestro: el amor es profundamente respetuoso.

Sólo puede darse amor entre personas: y la persona -cada persona- representa la mayor nobleza y dignidad del Universo. Ser persona significa ser un fin en sí mismo y nunca un medio para otro. Toda persona es un Templo, de naturaleza inviolable. Nadie puede arrogarse el derecho de profanarlo, utilizándolo o menospreciándolo como una cosa.

Nunca se ha proclamado de modo más elocuente y dramático el valor eminente de la persona, que en el madero de la Cruz. Allí Dios dejó morir a su único Hijo, como precio de rescate del género humano. Ya no es posible olvidarlo: cada hombre vale la sangre de un Dios. Como decíamos cuatro años atrás, recordando la alta misión de nuestras Universidades Católicas: “sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad...! Con su muerte en el Calvario, clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la Historia jamás presenciara.

Este respeto sagrado a la dignidad humana incumbe de modo especial a la Iglesia y a la autoridad civil. La Iglesia -ha dicho el Santo Padre con el Sínodo de Obispos del año recién pasado- cree firmemente que la promoción de los derechos inviolables del hombre es una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio. Y a la obligación de todo poder civil -nos recuerda el Concilio- pertenece esencialmente la protección y promoción de los derechos inviolables del hombre (*Libertad Religiosa*, 6).

Los cristianos somos constructores de paz. Y quien desea que la estrella de la paz aparezca y se detenga sobre la sociedad -ha dicho Pío XII, en un memorable radiomensaje de Navidad- ha de atenerse a cinco puntos o exigencias fundamentales para un verdadero orden social: *el primero*, contribuir a que se vuelva a la persona humana la dignidad que Dios le concedió desde el principio. *El segundo*, rechazar toda forma de materialismo, que no ve en el pueblo más que a un rebaño de individuos divididos y sin interna consistencia, considerados como objeto de dominio y sumisión. *El tercero*, dar al trabajo y al trabajador toda la dignidad y prerrogativas dispuestas por Dios desde el principio, ofreciéndoles una solidaridad genuinamente humana y cristianamente fraterna. *El cuarto*, cooperar a una profunda reintegración del ordenamiento jurídico, que extienda su mano protectora y vindicativa también sobre los inviolables derechos del hombre y los proteja contra los ataques de todo poder humano arbitrario. *Y el quinto*, contribuir a una concepción y práctica del Estado, imbuida del espíritu cristiano del poder como servicio, en el pleno respeto a la persona humana y a una ética individual y social arraigadas íntimamente en Dios (Cfr. *Mensaje Navidad 1942*).

He ahí la primera condición del amor que nos debemos en Cristo, unos a otros. Una nación como la nuestra, que profesa la fe cristiana como una estrella orientadora, tiene que examinarse, en cada una de sus grandes efemérides, sobre su fidelidad a esta actitud fundamental del respeto, cimiento de su convivencia y barómetro de su humanismo.

El amor es universal

La segunda es semejante a la primera y deriva de ella: el amor cristiano es esencialmente ecuménico.

“Ecuménico”, en efecto, quiere decir “universal”: abierto a todos. Tal vez la mayor singularidad del mensaje evangélico sea la superación de todas las barreras erigidas por el egoísmo, el odio y la desconfianza de los hombres. Cristo ha muerto y resucitado por todos. Y nos manda ser perfectos en el amor, como perfecto es el amor del Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Nadie, tampoco el que yerra; nadie, ni siquiera el que se dice nuestro enemigo, queda excluido de nuestro amor y, consiguientemente, de nuestro respeto.

La Sagrada Escritura, y la constante tradición de la Iglesia, admiten sólo una forma de privilegio: el respeto preferente por el pobre. El pobre, epifanía de Cristo, presencia viviente del Maestro, ha sido escogido por Dios como rico en la fe y heredero del Reino prometido a quienes lo aman. Para él -cualquiera sea la forma y la causa de su pobreza- vale la predilección que en toda familia se consagra espontáneamente al más débil.

Y si la Iglesia es la Familia de los que creen y se aman en Dios: y si la patria es la Familia de los que caminan juntos, hermanados en un mismo patrimonio de sangre y cultura, de tarea y destino, éste, nuestro Chile que por gracia de Dios se confiesa pueblo cristiano, debe hoy día reafirmar solemnemente su convicción fundamental: para nosotros todos los hombres tienen el mismo valor. Todos tienen igual derecho a compartir nuestros dones. Todos tienen el mismo deber de llevar -cada uno según sus fuerzas- nuestra carga común. Y si ha de haber privilegiados, ellos no pueden ser otros que los que nada tienen: aquellos que Dios -no importa por culpa de quién- dejó encomendados a nuestro sentido de justicia y a nuestra sinceridad de amor.

El señor Presidente de la República ha dicho que él debe ser el defensor de los más débiles, de los que no pueden hacer oír su voz. Le agradecemos su

público testimonio, del más alto valor moral y del más genuino sello cristiano. Y le ofrecemos, públicamente también, en esta lucha contra la miseria y por la justicia, la cooperación leal de quienes reconocemos, en todo rostro ensombrecido por el dolor y la humillación, los rasgos de Cristo, nuestro Juez.

El amor es consecuente

Digamos, finalmente, que el amor cristiano es en extremo consecuente ¡Qué enérgico y explícito es el Señor para condenar el verbalismo vacío de realizaciones! La sola mención, por reiterada y clamorosa que sea, del nombre del Señor, es enteramente incapaz de abrir las puertas del Cielo, cuando no va rubricada por ese hacer, en la práctica cotidiana, la voluntad del mismo Señor cuyo nombre se invoca. No es, concretamente, el mucho hablar de los pobres lo que nos justifica y salva a los ojos de Dios; sino el estar a su lado, con respetuoso amor, dándoles con qué derrotar su pobreza.

Ser consecuentes: decir y hacer. El amor -dice San Pablo- se goza en la verdad. Y la verdad es la coherencia perfecta entre pensar, hablar y actuar. El discípulo de Cristo procura imitar a su Maestro. Todo lo que El dijo lo cumplió: dijo amar a los suyos, y los amó hasta el extremo, dando la vida por ellos. Así, en eso se conoce el amor: cuando uno no ama sólo de palabra, sino con hechos, dando lo suyo, dándose uno mismo.

Por eso es que el amor, si ha de ser consecuente, es también, en gran medida, impaciente. Sí: el mismo San Pablo que nos habla de un amor que todo lo espera y lo soporta, sabe decirnos que el amor apremia, que hay una urgencia de amar. El amor es servicio, servicio a la vida; y la vida pasa, declina, se extingue. El amor es servicio al hombre, y el hombre pasa por la Tierra sólo una vez. Por eso es que el amor apremia. Un ser humano no puede ser sacrificado a una mañana o a un tal vez. Tampoco, y mucho menos, una generación. Nuestro compromiso, de amor y justicia, es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas; sí, ¡pero démonos prisa! No podemos permitir que una generación o un sector de nuestro pueblo sienta transcurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir

humanamente.

La impaciencia del amor cristiano no tolera, por eso, que nuestras energías y talentos se inviertan en otra cosa que en construir. No tenemos tiempo. No tenemos, tampoco, el derecho de seguir mirando hacia atrás sólo para reavivar rencores y resucitar agravios. ¡ Para aprender lecciones, sí! ¡Pero la gran lección que nos deja el pasado es, precisamente, la de la absoluta inutilidad del odio! ¿Cómo nos juzgará la Historia si, teniendo por delante providencial tarea de satisfacer el hambre y la sed de justicia de un pueblo, lo condenáramos a la frustración por ocuparnos en estériles querellas de supremacía?

El Maestro ya nos ha respondido. Le hemos preguntado cómo debe construirse un nuevo orden social. Y El nos ha dicho: con el amor. El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos. Estamos aquí porque creemos en ella. Salgamos de aquí para crearla. Pero antes, oremos. Oremos por Chile y en particular por nuestros gobernantes. Sólo el Señor puede darles esa fe, esa constancia y ese amor que les permitirá, con la colaboración de su pueblo, hacer de Chile un Santuario del hombre y una Familia de hermanos. Así sea.

Santiago, 18 de Septiembre de 1975.